

## Encuentros con Enrique González Rojo

Vicente Quirarte

Creo que ni el propio Enrique González Rojo sabe la alegría que me causa haber sido convidado a la presentación de su libro, así como el pesar que me provoca no acompañarlo personalmente en este acto que culminará, estoy seguro y así lo espero, con la lectura que él haga de *El junco y otros poemas*. Las presentaciones de libros son un pretexto para declarar, expresar públicamente cuánto significa un autor para nosotros. Por eso, permítanme, para hablar del presente, compartir con ustedes mis primeros encuentros con la poesía y la persona de Enrique González Rojo, pues eso explicará mi presencia en la salida al mundo de su nueva colección de poemas.

Debe haber sido una tarde de 1978 cuando Eusebio Ruvalcaba me dijo que en el Foro Cultural Coyoacanense, el poeta Enrique González Rojo daría una lectura de su obra. De él sabía lo que puede leerse en una enciclopedia y lo que se decía en la historia de pasillo: que era el tercer eslabón de una ilustre dinastía de poetas mexicanos, los tres decisivos en momentos claves de nuestra lírica; que había sido destacado militante de la Liga Espartaco; que parte considerable de su tiempo la dedicaba a ser un brillante profesor de materialismo histórico en la Facultad de Filosofía y Letras, donde sus alumnas se sentían seducidas tanto por su inteligencia como por su persona; que había obtenido recientemente el Premio de Poesía Xavier Villaurrutia.

Allí estaba pues, plantado a la mitad del foro, con su cabellera de filósofo y poeta, su figura esbelta, su chaleco de caballero

andante de nuestro siglo. Me llamó la atención su voz de muchacho que el tiempo no ha transformado, pero más despertó mi admiración la manera tan contundente y en apariencia tan natural como, mediante la lectura de sus poemas, iba deletreando el infinito. Al final de la lectura, Eusebio Ruvalcaba me dijo algo que nunca he olvidado: "Yo quiero escribir poemas así. Yo he pensado como él y quiero decirlo como lo escribe Enrique." Lo que le sucedía a Eusebio es lo que seguramente le pasa a muchos otros lectores potenciales o activos de González Rojo, es decir, lo que experimenta quien lee la obra de un auténtico poeta: el reconocimiento de las palabras colectivas resumidas en el discurso individual, lo que Edgar Allan Poe denominó el *common style*, y que no es sino lo que en el fondo perseguía el *poeticismo* donde militó Enrique González Rojo en sus años mozos: la gran poesía de ayer, de hoy y de mañana, la que descubre lo inédito, la que reflexiona con nuevas luces sobre lo ya explorado.

Ese primer encuentro nos llevó, a Eusebio Ruvalcaba y a mí, a buscar más poemas de ese autor doblemente deslumbrante. Cultivamos su cercanía, Eusebio con mayor fidelidad y constancia, al grado de que integró con Enrique, melómano de corazón, una cofradía llamada *Amigos casi sólo de Brahms*, que se reunía para escuchar música y que en principio condenaba al silencio a casi todos los compositores con apellidos terminados en *i*. Tal devoción por la música nos explicaba sus búsquedas verbales, su pasión, durante una temporada, por el verso heterotónico, la diferencia entre el ruido y la melodía, entre el ripio y el verdadero hallazgo, la llegada a esa difícil naturalidad que es la característica más notable y envidiable de su poesía.

Con el paso de los años he esperado con ansia la aparición de los nuevos libros y recitales de Enrique. Recuerdo un cartel muy hermoso que anunciaba una lectura suya bajo el sugerente título *El monstruo y otras mariposas*, o el deslumbramiento con el cual escuché primero, y atesoré después, uno de sus poemas doblemente memorables: "Penélope no se queda en casa", donde el poeta rinde homenaje a Wilhem Reich y a la devoción por la libertad de la compañera de viaje.

Esta noche nos congrega la aparición de *El junco y otros poemas*, publicado por Gottdiener Editores, con ilustraciones de José Gordillo, en una colección de breve tiraje, que hace honor a la vieja verdad de que la poesía -ayer y hoy- está destinada a *numerables lectores*, a la misma *agrupación de forajidos* a la cual perteneció su luminoso padre. Y si bien todo poema es la relación de un viaje, el testimonio de la inmersión para buscar la luz, este libro de Enrique reviste una especial significación porque es el canto del guerrero que vuelve de un combate frontal y concreto contra su propio cuerpo. La enfermedad es un viaje del que se vuelve más fortalecido pero también más humilde. Enrique González Rojo enfrenta uno de los temas poéticos más peligrosos y sale avante de la prueba porque sabe mantener la distancia mediante la utilización de esa máscara que nos hace ser uno con él: éste es mi cuerpo pero mañana puede ser el tuyo. *El junco y otros poemas* ofrece una poesía conversacional pero al mismo tiempo se inscribe en la gran tradición de la poesía meditativa. En realidad, y aunque el poema de largo aliento que da título el libro pudiera expresar lo contrario, los textos de este libro forman en su conjunto un solo poema donde el yo poético describe las etapas de su personal temporada en el infierno. Pero hay una diferencia sustancial con

el niño poeta de Charleville: mientras Rimbaud pasa frente a nosotros cada una de las hojas de su carnet de condenado, Enrique crea la figura de un viajero irreverente que se burla de todos los valores precisamente para tomarlos en serio. Si en su libro *El tercer Ulises*, la figura del navegante mítico vive en el Siglo XX, monta en un Volkswagen y navega por un mar llamado Periférico ahora es Don Juan la figura emblemática, un Don Juan que descubre, valiente y resignado, su situación presente, la gloria de estar vivo y ser testigo del paso del tiempo, ese tirano que, paradójicamente y como gran consuelo, nos ayuda a llenar cada instante de infinito. El secreto para que la confesión se transforme en canto de gran aliento reside en el hecho de que Enrique combate con fortuna la autocompasión. Como los grandes y verdaderos satíricos, es el primero en burlarse de sí mismo, se pone en el centro de los golpes y se para, como Garcilaso de la Vega, "a contemplar su estado".

*El junco y otros poemas* es un libro que, no obstante su aparente sencillez, exige varias lecturas. Como poema que explica la enfermedad como un viaje del alma en la concreción del cuerpo y a la inversa, se inscribe en la tradición de los poemas simbólicos -con el tema del viaje- que practicaron los Contemporáneos como antes lo hizo la Sor Juana del *Primero Sueño*. Pero González Rojo demuestra su originalidad al recordarnos dos cosas: la primera: su sólida formación de filósofo. La segunda: la huella de su militancia poeticista. Aunque María Zambrano y otros pensadores ilustres han dedicado luminosas páginas a estudiar la relación entre poesía y filosofía, Enrique nunca pierde de vista que en *El junco* no está haciendo filosofía sino escribiendo versos, es decir, construyendo un mundo donde el hombre está presente con sus vísceras y sus

ansias, con sus sueños y grandezas, con sus debilidades y sus miedos. El hombre se descubre prisionero de su cuerpo enfrentado a una situación límite y surge entonces el interrogatorio hacia los sentidos, hacia lo que llamamos Dios, hacia el Gran Arquitecto o el Supremo Logos. *El junco* es también un poema de amor porque el amor es, finalmente, la única salvación de Don Juan, la ocupación que lo inscribe en la eternidad y que justifica cualquier veleidad, cualquier desviación. Sin embargo, no es el amor retóricamente inventado, sino el amor como un ejercicio del cuerpo y el alma que tiene demostraciones tangibles. Enrique no hace una poesía de filósofo pero su disciplina mental se pone de manifiesto en cada una de sus argumentaciones. Por eso su poesía es simultáneamente un canto a la vida después de la batalla y un armisticio con la sombra. Antes hablé de su vena poeticista. El Arturo González Cosío de *Los elementos*, el Eduardo Lizalde de *Cada cosa es Babel* y la protecnia metafórica de Marco Antonio Montes de Oca han hecho, cada quien con su personal estilo, el verdadero manifiesto poeticista, el poeticismo en la práctica: una meditación sobre la esencia de las cosas, sobre la relatividad de las palabras y sobre la obligación que el poeta tiene de darle nuevos sentidos. Con *El junco y otros poemas* celebramos el reingreso luminoso de Enrique González Rojo al dominio de sus semejantes y un momento altísimo de su trayectoria como poeta.